

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS
 Redacción y Administración:
ALBERTO AGUILERA, 52.
 NÚMERO SUELTO: 20 CTS.

El Motín

FUNDADO EN EL AÑO 1851

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
 MADRID: Trimes. 3 pts; Sem: 6, Año, 16
 Provincias: Trimes. 3; Sem: 6; Año, 12
 Ultramar y Extranjero: Año, 20
PAGO ADELANTADO
 Correspondencia: 25 números 3 pts

Año XLV.

Madrid, Sábado 29 de Agosto de 1925.

Número 35.

DE JUEVES A JUEVES

El jueves y el viernes atacaron los rifeños el Peñón de Alhucemas con fuego de cañón, fúsil y ametralladora. Según los partes y las referencias oficiales, las bajas fueron unas veinte, entre ellas las del comandante militar del Peñón; y desde éste se contestó a la agresión con energía.

El viernes celebraron en Algeciras una conferencia el general Primo de Rivera y el mariscal Petsin. En ella, según la nota oficiosa dada, se tomaron algunos acuerdos concretos acerca de la colaboración franco-española en la cuestión marroquí.

El domingo por la mañana llegó a Madrid el Presidente del Directorio Militar. En la estación, donde le esperaban los vocales del Directorio, dijo, según leen:

«Ahora vamos al ministerio de la Guerra, oiremos misa y a continuación tendremos un cambio de impresiones.»

Así lo hicieron y se dió acerca de la última parte una nota oficiosa que empieza:

«El Presidente del Directorio ha recibido ayer de Africa dos telegramas, uno relativo a la eficaz y valerosa intervención del coronado Alfonso XIII en las operaciones de la bahía de Alhucemas, y otro del grupo de Regulares de este nombre, cuyo jefe y oficialidad saludan y se ofrecen efusivamente al general en jefe, con ocasión de una reunión que han tenido en Melilla.»

Luego se habla en la nota del ataque al Peñón en los términos más tranquilizadores para nosotros, y del peligro comunista en los términos más tranquilizadores para los hombres de orden.

LA CUESTION RELIGIOSA

Bendiciones del Papa

Bendición sobre Madrid.—Protestas de Dios contra el comercio de las bendiciones

Hara cosa de unos veinte días.

Sentado estaba yo en el antedespacho del señor alcalde de Madrid espe-

rando poder hablar con éste, cuando pude observar en un grupo de concejales que uno de ellos era objeto de especial curiosidad y de apretones de manos y enhorabuena.

El concejal homenajado era uno de los afortunados que, en representación del Ayuntamiento de la corte, fueron a Roma con ocasión del año santo. «¿Qué trae usted de Roma?», le preguntaron. Y él, en tono de gran solemnidad, contestó: «La bendición del Santo Padre, y especial para Madrid!»

Yo quedé pensativo unos instantes. Sinceramente me incliné al impulso de mi fe cristiana; soy vecino de Madrid, y algo debía tocarme a mí de la bendición del Santo Padre. Yo tengo fe en la potestad espiritual del romano Pontífice; yo creo y entiendo con toda claridad que el romano Pontífice es el Vicario de Cristo en la tierra, y una bendición suya, que es una oración al Altísimo para que desciendan sobre el bendecido los bienes celestiales, con aplicación además de satisfacciones mediante indulgencias, ha de tener forzosa eficacia si el bendecido no ha delinquido en el ejercicio de su potestad y el bendecido no pone óbice al fruto de la bendición.

Tal es la doctrina católica que con toda sinceridad profeso.

Pasados los instantes de instintiva piedad cristiana, sobrevino la natural reflexión sobre la realidad histórica de las bendiciones papales y episcopales.

¡Cuánto abuso, cuánta mercadería! Las bendiciones pontificias y episcopales han venido a convertirse en objeto de pompa mundana ó de vil comercio. Cualquier bendición que pidáis a Roma, acompañando la petición con una buena cantidad de liras, es despachada al punto favorablemente. Pocas casas pudientes veréis que no puedan exhibiros breves ó rescriptos pontificios concesivos de numerosas bendiciones para todos los menesteres de la vida. En cambio, ninguna familia obrera ó pobre veréis que pueda hacer otro tanto. Muchas veces he execrado la pueril vanidad de beatos y beatas que me han exhibido en sus oratorios particulares ó en sus dormitorios ó en sus despachos cuadros lujosos que encierran los mencionados rescriptos y breves; de lo que no me han hablado es de las liras que han pagado por ellos; se avergüenzan de eso, y con razón.

A miserables usureros, vejadores del

pobre, malos maridos y malos padres de familia he visto yo cubiertos de bendiciones papales y episcopales para bien vivir y para bien morir; eran ricos, y se había pagado la tasa y la sobretasa; lo demás no importaba. Todo esto es ridículo y sacrilego. Por eso el pueblo, que no quiere entender de burlas, ha perdido, desgraciadamente, la fe en las bendiciones del Papa y de los obispos.

Dios mismo protesta airadamente con demasiada frecuencia de tan sacrilego comercio. Si hiciéramos la estadística de los matrimonios con pompa mundana bendecidos por los obispos, sin utilidad para la Iglesia, observaríamos que son en inmenso mayor número más desgraciados que los santamente bendecidos por el párroco en cumplimiento de su deber pastoral.

Antes de partir para Méjico bendijo el Papa solemnemente á Maximiliano, y murió fusilado en Querétaro. También bendijo á su esposa Carlota, cuando regresó á Roma, y se volvió loca antes de salir del Vaticano.

La reina Isabel II fué destronada á raíz de recibir la bendición papal.

El emperador de Austria Francisco José fué también bendecido por el Papa, y al poco tiempo fué completamente derrotado en Sadkwa.

Napoleón III, bendecido también, fué hecho prisionero en Sedán.

La princesa del Brasil fué bendecida antes del primer parto, y el príncipe del gran Pará nació manco. La emperatriz, su abuela, bendecida también, se fracturó una pierna el día de la bendición.

Napoleón IV fué bendecido por el Papa antes de embarcar para Zululandia, y volvió cadáver.

El príncipe Rodolfo de Austria fué bendecido por el Papa, y se suicidó después de haber sido mutilado por su querida.

Los obispos de Pará y Pernambuco, al mes de bendecidos por el Papa, fueron condenados á cuatro años de prisión con trabajos forzados.

El ejército expedicionario de Cuba recibió la bendición papal, y perdimos las colonias.

La escuadra del almirante Cervera fué también bendecida por el Papa para oponerse á los malditos herejes norteamericanos, y no volvió a España un solo buque...

No acabaríamos jamás si hubiésemos de mostrar los innumerables hechos históricos que hacen prudentemente sospechar la protesta airada de

Dios contra el comercio de las bendiciones.

Lo mismo que también ha protestado frecuentemente Dios contra el abuso de la excomunión.

El rey Víctor Manuel fué excomulgado, y poco tiempo después ocupaba la Roma papal y la declaraba capital de Italia.

Excomulgados están Inglaterra y los Estados Unidos, y son los países más prósperos del mundo.

Excomulgado fué Pedro III de Aragón, y fué el monarca más grande y más querido de su tiempo...

No podemos extendernos más.

Por todos los lados por donde se mire el humano imperio eclesiástico alzado soberbiamente sobre las ruinas de las almas abandonadas por el espíritu apostólico, que subió asqueado al cielo, un mediano observador: no puede menos de entender que toca ya á su fin, para dar paso á la justicia de Dios y al triunfo del Evangelio en el mundo, con toda su soberana sencillez y fecundidad espiritual.

La bendición especial que sobre Madrid han traído los señores concejales que fueron á Roma, ¿será para bien ó para mal nuestro? Roguemos á Dios que se apiade de nosotros y que no tenga en cuenta nuestros pecados ni los pecados de la gran ramera que profetizó San Juan en el Apocalipsis.

J. TORRUBIANO RIPOLL

(De *El Liberal* de Madrid.)

TIPOS Y FIGURAS

"Fabián Vidal"

Don Enrique Fajardo, director de *La Voz*, es un hombre joven, alto, fuerte. Yo le había visto una vez en su despacho hojeando unos libros que acababa de desempaquetar. Cuando después lo he encontrado en la calle, casi siempre llevaba en la mano un tomo ó un montón de periódicos, sin perjuicio de tener atiborrada la americana de folletos y apuntes de todas clases. Estas dos circunstancias, estos dos recuerdos, han hecho que yo asocie el nombre de *Fabián Vidal* á la idea de un señor, insaciable vicioso de la lectura, que guarda libros y archiva notas hasta en los bolsillos del chaleco. Hoy, ¡cosa rara!, no he podido comprobar mi observación; pero esto no la desmiente ni mucho menos. Me ha recibido en un cuarto distinto de aquel en que estaba trabajando, y á buen seguro tenía sobre la mesa, dispuesto para la marcha, el habitual equipaje. A la salida de la Redacción hubierá querido verme.

Fabián Vidal me estrecha la mano y se pone á mi disposición... para todo lo que no sea hacerle una interview. Y como es esto precisamente lo que yo pretendo, se entabla un forcejeo entre

la modestia irreducible del solicitador y la tenacidad, ya casi impertinente, del solicitador. Al fin se me ocurre un argumento poderoso. «Si usted quiere oponerse al ruego del compañero —le digo—, no puede desatender á los lectores de *El Mercantil*. Ellos, que conocen sus escritos, desean saber algo de sus luchas; y yo, que me hago intérprete de estos deseos, no me voy de aquí sin llenar unas cuartillas á los efectos consiguientes. Usted verá.»

El señor Fajardo hace protestas de cariño á nuestro periódico y de consideración hacia mí, y se dispone á con testarme. No sin que se le escape la última resistencia:

—¡Hombre, hombre! ¿Por qué no va usted á ver á...?

Pero yo no le atiendo.

—¿Usted es granadino, verdad?

—Sí, señor —me contesta con un ceceo auténtico.

—Cuénteme algo de su infancia.

—Pues... que me gustaba mucho hacer versos. Aquello era una verdadera pasión. Basta decirle que á los quince años reuní original para cuatro tomos; pero lo prendí fuego.

—¿Cómo se decidió en usted la vocación periodística.

—No puedo precisar: desde chico tuve afición á estas cosas. Y eso que en mi familia no había ningún literato. A los doce años ya mandaba mis artículos á algún periódico. A los quince hice el *Avantel*, bisemanario republicano-social, que me costó muchos disgustos. Me nombraron director de estudios de una sociedad obrera que se llamaba *La Obra*. Transcurría mi vida entre denuncias, amenazas y el trabajo sin tregua. Escribí *El Radical*, semanario de oposición rabiosa contra el caciquismo. Mis campañas en este periódico y en *El Noticiero Granadino*, diario liberal, encendieron la cólera de los *La Chica*, que llegaron á contratar matones con el fin que usted supondrá.

—¿Cómo vino á Madrid?

—Llegué aquí con una carta de Gómez Chaix para Nakens. Don José me acogió con toda simpatía. Yo siento por él un cariño casi filial.

—¿Qué le parece como periodista? Imparcialmente.

—Imparcialmente. De los más completos que he conocido. ¡Ah! Y Altredo Calderón. ¡Qué fino, qué elegante!

—¿Estuvo usted en *El Evangelio*, no?

—Sí. Se publicó en él como folletón un estudio sobre el problema agrario, que yo envié desde mi tierra. Cuando llegué á Madrid, Romeo me llamó á su lado. Colaboré también en *El País*.

—¿Cuándo entró en *La Correspondencia*?

—Inmediatamente después de esto. Y en ella estuve hasta Marzo del 19.

—¿Empezó á usar el seudónimo aquí?

—No; aquí continué usándolo, porque Romeo se empeñó en que ya lo

trata acreditado de Granada. La primera vez que firmé así fué en *El Radical*.

—¿Qué campaña hizo usted con más gusto?

—La de la guerra europea.

—¿Es cierto que la anunció usted?

—Ya lo creo. En Julio del 14 publiqué un artículo en *La Correspondencia* diciendo que la guerra era inevitable y que estaba próxima. Desgraciadamente acerté. Días más tarde estalló el conflicto. Entonces seguí á diario en el periódico la marcha de las operaciones. Esta fué la época de labor más intensa en mi vida periodística. Yo me documentaba minuciosamente para mis cuartillas diarias de *La Corres.* Además escribí en el *Semanario Español*, en *Diario Universal* y en *La Iberia*, de Barcelona. Hubo momentos en que hice tres trabajos diarios. En total habré escrito unos 3.500 artículos sobre la guerra.

—¿Por qué fué usted francófilo?

—Lo fui desde el principio, por instinto y por convicción.

—¿Escribió siempre desde Madrid?

—No; estuve en los frentes y en Inglaterra. Vi la lucha de cerca, la ví. Salí de las trincheras horroizadas.

—¿Ganaría usted mucho dinero entonces?

—¡Dinero! Me pude enriquecer, pero preferí limitarme á recibir el pago justo de mis trabajos. El Gobierno francés, eso sí, me concedió la Cruz de la Legión de Honor.

—¿Cree en una revancha por parte de Alemanis?

—No; en Europa no veo próxima ninguna guerra. El pacifismo avanza aun dentro de Alemania, á pesar del lastre del kaiserismo. Lo que sí creo inminente es un choque entre los Estados Unidos y el Japón. La diplomacia secreta continúa maniobrando.

—¿Qué libros tiene usted?

—Las *Crónicas de la Guerra* y una novela y alguna otra cosa. La tarea cotidiana es absorbente.

—¿En qué periódicos colabora hoy?

—En *El Mercantil*, en *La Vanguardia* de Barcelona y en *El Diario Español* de Buenos Aires. He dejado otros porque no tengo tiempo de atenderlos.

—¿Está usted satisfecho del ofi io?

—Le tengo amor; pero trabajo mucho.

—No puede quejarse. Ha llegado en plena juventud á la categoría máxima.

—Hombre, eso sí. Además, aquí en *La Voz* estoy contento con la Empresa, con los compañeros, con todo el mundo. Ya conoce usted las firmas que damos. Los redactores saben su misión como pecos. El redactor jefe, Javier Bueno, vale mucho y se le puede confiar el periódico con plena tranquilidad. La verdad, estoy satisfecho.

—¿Cuánto tiempo hace que apareció *La Voz*?

—En Junio se cumplieron los cinco años.

—Pues el triunfo fué incuestiona-

ble. ¿Está usted en ella desde el principio?

—Desde el primer día.

—¿Qué tirada tiene? ¿La primera ó la segunda de Madrid?

—Mire usted, yo no puedo hablar de esas cosas. No tengamos aquí lo del tendero de enfrente. De cualquier manera, me siento orgulloso de la situación del periódico.

—¿Ha ocupado algún cargo político?

—No los he admitido. Ni el acta por mi tierra, á la que quiero tanto.

—¿Ha tenido muchos contratiempos en la profesión?

—Muchísimos. El año pasado, sin ir más lejos, estuve en el banquillo por unos artículos de *La Voz*. También me batí con Rafael Sánchez Guerra á sable-espada. Resulté herido. Cinco puntos en el brazo derecho.

—¿Cuándo trabaja usted?

—De día siempre. La noche la necesito para la lectura, que me lleva cuatro ó cinco horas.

—¿Escribe con facilidad?

—Sí, de prisa. Yo lo haré mal—dice sonriendo—, pero lo hago pronto.

—Dentro de la farsa del periódico, ¿qué es lo que más le agrada?

—Todo ello. Hago de todo. Soy periodista de vocación.

—Tiene usted fama de proteger incondicionalmente á sus paisanos.

—Ya sé que me llaman el cónsul de Granada. Quiero á mi gente y nada más. Si puedo hacerles un favor, ¿por qué negárselo?

Sería ridículo que yo hablase de los méritos literarios de *Fabian Vidal* á los lectores de *El Mercantil*, que se lo saben de memoria. Sus miles de artículos, su prosa limpia, su varia cultura, sus talentos todos consagrados unánimemente, sirven á tal fin mejor que cuanto yo dijese del ilustre periodista. Por otra parte, este es un hombre que fide á uno con recomendaciones sobre la necesidad de eludir los puntos en cuya apreciación puede deslizarse algún juicio favorable. «No hable usted de esto. No trate de lo otro.» Y así siempre que oía algún halago. Por ejemplo, al comentar el éxito de *La Voz*, hizo constar el rumbo de la Empresa, la alcurnia de la colaboración, la inteligencia de los redactores... pero se callaba el detalle de su mando desde el primer número; y cuando lo soltó gracias á una pregunta terminante, en seguida rogó que se omitiese. De haberle hecho caso, no habría llenado tres cuartillas ó hubiera roto mis apuntes. Ciertamente, no se puede decir de él que se le ha subido el cargo á la cabeza.

He aquí el luchador liberal, el escritor sincero y puro, cuya pluma rehusó toda granjería. He aquí el hombre que á los cuarenta y tres años, por el sólo empuje de sus merecimientos, dirige el periódico más popular de Ma-

drid. ¿Por qué pienso ahora en los bolsillos llenos de papeles y en los libros que lleva en la mano *Fabian Vidal*?

ABRAHAM POLANCO

De *El Mercantil Valenciano*.

LA PROVIDENCIA

I

Lenta la nieve caía,
á las ramas se abrazaba
y á las hojas que besaba
con blanca gasa cubría.

Allá á lo lejos, la aldea,
el paisaje, una campiña,
y en ella vaga una niña,
raquítica, pobre y fea,
que tiraba de filo
y andaba con paso lento,
diciendo con triste acento;
¡Socórreme tú, Dios mío!

II

Se paró la desdichada,
fijó la vista en el Cielo,
y al fin rodó por el suelo
pálida, inconsciente, helada.

Aquella esperanza leve
que en Dios la niña tenía
la borró con ironía
el sudario de la nieve.

Luego silencio profundo,
la soledad, el olvido,
y á lo lejos el ladrido
de algún perro vagabundo.

III

—Fenecía en la campiña
y mi perro la ha salvado,
¡Menudo susto me ha dado
este diablito de niña!

Ya respira y quiere hablar;
¿que me dices, hija mía?

—Muerta, señor, me creía
y Dios me vino á salvar.

—Rapaza, no sé si yerro;
mas juro á fe de quién soy,
que Dios no te salva hoy...
sino anda suelto mi perro.

N. R.

Incidente extraño

El domingo, en la iglesia de la Concepción, parroquia elegante, y al comenzar la misa de una, misa elegante (no como otras misas, á las que no se atrevería á ir ninguna persona de alguna importancia) hubo un suceso, cuya referencia copio de *La Libertad*:

«Cuando va á comenzar la misa, una joven de extraordinaria belleza penetra en el templo, acompañada de una señora de mediana edad. Su cara está pálida y en su boca se dibuja un rictus de melancolía.

Por los ademanes se adivina un es-

tado de nerviosismo que debe tener una causa de orden espiritual. Su alma es posible que esté transida de dolor por un desengaño amoroso.

Comienza el Oficio. Sale el sacerdote á cumplir con su sagrada misión. La bella señorita se fija en el oficiante. Y acto seguido se adelanta hacia el altar. Mira al sacerdote, se pone blanca como el mármol. ¿Qué rostro es aquél que la bella feligresa reconoce como familiar de sus afectos? No sabemos. Lo cierto es que la joven da un grito de asombro y de sorpresa, y acto seguido cae sobre el ministro de Dios una verdadera lluvia de bofetadas y sombrillazos que convierte el templo en un espectáculo poco edificante.

La bella feligresa cae desmayada.

Pasados los primeros momentos de confusión, la agresora, más bonita lánguidamente desvanecida, es s. cada del templo.

La paz vuelve al recinto sagrado.»

No tengo que decir á mis lectores lo que yo, acostumbrado á calumniar al clero, me figuré cuando leí ese relato. Pero buscando cómo contaban el caso otros periódicos vi que uno (el *Heraldo* ó *Informaciones*, no recuerdo) ponía en abios de la señorita estas palabras: «¡No es digno de ser ministro del Señor!»

Y ahora si que me quedé sin saber á qué atenerme. Porque lo que yo me había figurado, jamás fué motivo para que se creyese á nadie indigno del sacerdocio, ni mucho menos de la mitra.

Otros periódicos completan parecidos relatos con la afirmación de que el cura agredido dijo su misa inmediatamente. Me asaltó el temor de que, si los sombrillazos y bofetadas descansaban sobre un sólido fundamento, la misa podía haber sido eficaz. Pero lo deseché en seguida. Me acordé de aquel buen sacerdote que en la reunión celebrada en el Paraíso para resolver acerca de los pingüinos bautizados por San Maél, contó que no había salvado ninguna alma, porque el vinatero mezclaba el vino del sacrificio. La Iglesia, en su sabiduría infinita, ha hecho que la forma lo sea todo. Cien sacerdotes con el alma sin huella de pecado y el cuerpo sin huella de sombra no pueden lo que un vinatero de conciencia.

Habrá quien diga que encontrar tal vinatero es difícil. Pero, con todo, sí que siendo lo más fácil.

De ce la «Imitación de Cristo»: *Quando sacerdotes celebrat vivos adjurat, defunctis requiem praestat...* Cuando celebra el sacerdote ayuda á los vivos, da reposo á los muertos...

Cualquiera de estas dos ventajas, aunque no tuviera otras muchas, justificaría por sí sola que toda persona sensata antepusiera el oír misa á cualquier otra urgente y grave ocupación.

Los sacerdotes asirios

Los sacerdotes de todas las religiones, lo primero que practican es su oficio de pordiosero. Pordioseros distinguidos, eso sí, y con tolerancia para ejercer la profesión, aunque para ello usen los procedimientos del timo más vulgares. Ahora bien, para contrarrestar las competencias está previsto el caso de los asirios en unos de los artículos de los cánones, que dice:

«Sin auténtico y reciente rescripto de la Sagrada Congregación *Pro Ecclesia Orientalis*, los ordinarios laicos no pueden dejar á ningún oriental de cualquier Orden ó dignidad que sea, recoger dinero en el propio territorio, ni enviar á sus súbditos á diócesis orientales para el mismo fin.»

Por lo demás, nada tiene de particular que los sacerdotes asirios no contesten á las preguntas que se les dirigen, y menos aún sobre cuestiones basadas en la doctrina católica del Concilio de Trento. El clero oriental, y particularmente el cismático, no hace los mismos estudios que los de Occidente.

Usa también el clero de Oriente barba, bigote y cabellera que no se cortan jamás y se recogen en forma de moño con una peineta. Muchos ritos no tienen misa rezada y para la misa solemne no visten casacas ni dalmáticas, sino capas pluviales.

En Oriente pueden ser casados los sacerdotes, incluso los católicos que reconocen al Papa, porque Roma ha conservado la antigua disciplina del siglo ix á todas las iglesias que, después de haber seguido el cisma de Focio han vuelto á reconocer su autoridad; es decir, que reconoce Roma el matrimonio de los sacerdotes de otras iglesias siempre que se sometan al Papa.

De un reciente artículo sobre el tema de los sacerdotes asirios que recientemente se dedicaban aquí á timar á los fieles, sacamos estos curiosos párrafos:

«En rigor no puede decirse que hoy existan asirios. En territorio de los antiguos imperios de Asiria, Babilonia, Nínive (que es ahora Mosul) correponde hoy al Kurdistan turco y persa. La antigua Caldea, entre el Eufrates y el Tigris, es actualmente el Irac Árabe, convertido hace poco en reino de Irac.

Hay en todos estos países infinita variedad de religiones.

El nestorianismo ha sido la doctrina de vida más larga. Aún se conservan nestorianos que suponen en Cristo dos personas: la divina del Verbo y la humana que es la de Jesús, hijo de María. El Verbo no es Jesús; va en él como en un vehículo. Por eso se llama Jesús *teoforo* el que lleva á Dios y á María, no madre de Dios (*teotocos*)

sino madre del hombre (*antropotocos*). Conclufan de aquí Nestorio y los que le siguen, que el Verbo no murió en la cruz. Quien muere, baja al seno de Abraham y resucita, es el hombre, el hijo de María Virgen, puesto que admiten la virginidad de la *antropotocos*.

Los nestorianos, unos pasaron á la India y allá vivieron con el nombre de *Cristianos de Santo Tomás*. En los siglos xiii, xiv y xv dieron éstos origen á la famosa leyenda del Preste Juan. El otro grupo llamado caldeo—que es al que debieran pertenecer los sacerdotes asirios de ser cierto lo que ellos dicen—se inclinó hacia Roma en 1427 en el pontificado de Inocencio IV.

Los caldeos unidos usan el *Missale Chaldaicum*, impreso en Roma en 1767, del que los dominicos han hecho otra edición en Mosul en 1901. Está en siríaco y en árabe.

Como preparación á la misa hay en la liturgia caldea la solemnidad de amasar y cocer los panes que sirven de hostias. Se comulga bajo las dos especies: la hostia se moja en el *Sanguis* y se fracciona antes de ser distribuida entre los fieles. Los nestorianos no convertidos sólo celebran misa los domingos y fiestas, una sola en cada iglesia; ponen en la masa de la hostia aceite y levadura y cantan el símbolo de Nicea sin el *Filioque*, porque no admiten que el Espíritu Santo proceda también del Hijo.

Nestorianos y caldeos-unidos expulsan del templo á los no bautizados en el momento de la consagración, lo mismo que los griegos se ocultan en el *iconostasio*.

Los caldeos se diferencian de los nestorianos en la doctrina, que en ellos es ortodoxa y sigue los cánones de Efeso, y en otros particulares en la disciplina y la liturgia.»

No habíamos terminado el asunto de la detención de los sacerdotes asirios, cuando leemos en las informaciones del Gobierno civil, que la Benemérita de Lora del Río había detenido á don Rogelio Alonso Durán, contra quien se siguen diligencias por el Juzgado de Instrucción del partido.

El parte de la Guardia civil dice que el detenido es sacerdote católico, apostólico, romano, y español y presidente del Seminario de Córdoba.

¡Y que haya habido en todos los tiempos y en todas partes hombres tan idiotas que se hayan dejado matar por defender á los que se las buscan de este modo!

A. ZAMORA

Sevilla.

Llegaron á un río que habían de vadear dos frailes, uno dominico y otro franciscano, y díjole el primero al segundo:

—Hermano, ya que va descalzo, según su regla, pásame el río á cuestras.

Accedió el franciscano; pero cuando se hallaron en medio de la corriente, ocurriéndole un escrúpulo, exclamó:

—Hermano, ¿lleva dinero?

—Llevaré un par de duros, contestó el dominico.

—¡Jesús María y José! Pues no me permite mi conciencia seguir adelante, porque nuestra regla nos prohíbe llevar dinero encima.

Y diciendo y haciendo, soltó la carga.

SUSCRIPTORES A 25 PESETAS MENSUALES

Zaragoza.—«Peña Costista», recibiendo 50 pesetas por los meses Julio y Agosto 1925.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Alcañiz.—Luis Ponz, abonada su suscripción á fin Junio 1926.

Bustillo de Ayones.—Ambrosio Sanz, id. á fin Abril 1926.

Coruña.—Eduardo L. Budén, recibido su giro de 84 pesetas; conforme.

Alayor.—Rafael Juanico, id. de 10; conforme.

Trigueros.—Manuel Vides, id. de 72; conforme.

Almería.—Antonio Tuñón, id. de 25; conforme.

Bilbao.—Jesús Martínez, id. de 10; conforme.

Huelva.—Antonio Corrales, id. de 60; conforme.

París.—M. Llorens Cortés, id. de 16; conforme.

Sevilla.—Manuel Canela, id. de 3'95; conforme.

Liem.—Simón Márquez, id. de 25; conforme.

ALBUM PRIMERO

DE

CARICATURAS Y DIBUJOS

PUBLICADOS EN

"EL MOTÍN"

PRECIO: 7 PESETAS

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de descuento.

Imp. Juan Pérez.-Pasaje de Valdecilla, 2.